

Los privilegios referidos en los catorce primeros números, fueron concedidos por los papas Paulo III, Julio III y Pio IV, desde el año de 1540 hasta el de 1561.

La vigésimaquinta, y última sesion del concilio Tridentino, en que se hace mención de la Compañía de Jesús, se verificó el 3 y 4 de diciembre de 1563; en la que, á pesar de la severa justicia introducida por la Iglesia reunida, respecto á la reforma de los abusos, por el órgano de sus primeros pastores, hizo aquella la declaracion siguiente ¹:

«El santo sínodo no intenta, sin embargo, innovar ó impedir que la religion de los clérigos de la Compañía de Jesús pueda servir al Señor y á su Iglesia, conforme al piadoso fin de su instituto aprobado por la Silla apostólica.»

Aunque no concierne directamente este decreto mas que á la renuncia de los novicios, y á la profesion que deben hacer después de su noviciado; sin embargo, esta declaracion viene á ser una aprobacion indirecta del Instituto, tal como le habian confirmado los Papas, y tal como subsistia con sus usos, privilegios y forma de gobierno.

¹ *Per haec tamen sancta Synodus non intendit aliquid innovare aut prohibere quin religio clericorum societatis Jesu juxta pium eorum institutum á sancta Sede Apostolica approbatum Domino et ejus Ecclesiae inservire possit.*

CAPÍTULO III.

Pasquier-Brouet y Salmeron nuncios apostólicos en Irlanda. — Persecuciones de Enrique VIII. — Instrucciones que dió Ignacio á los dos jesuitas legados del Papa. — Situacion de la Irlanda. — Hechos de Brouet y Salmeron en dicha isla. — Regresan á Italia. — Sus misiones en Foligno. — Lefèvre y Laynez. — Laynez en Venecia. — La universidad de Paris. — Principio de la Orden de Jesús en Francia. — Guillermo Duprat, su primer protector. — El doctor Postel quiere entrar en el Instituto. — Se ve obligado á salir de él. — Origen de la universidad de Paris y de otras universidades. — Su manera de gobernar y de instruir. — Rodriguez en Portugal. — Sus sucesos y los de Javier. — Colegio de Coimbra. — El P. Araoz en España. — Lefèvre en Alemania. — Situacion del imperio. — Le Jay y Lefèvre en las dietas de Worms, de Spira y de Ratisbona. — Bobadilla en Alemania. — Lefèvre en Maguncia. — En Colonia. — Dirígese á Portugal. — Regresa á Alemania. — El emperador Carlos V y los Protestantes. — El P. Canisio comisionado por el elector de Colonia cerca del Emperador. — Lefèvre regresa á España. — Su apostolado. — Vuelve á Roma, en donde fallece. — Obras de Ignacio. — Sus fundaciones en Roma. — Modo de dirigir á sus hermanos. — Profecía de santa Hildegarda contra los Jesuitas. — Alegoría de las langostas inventada por el jansenista Quesnel.

Al paso que se ocupaba Loyola en redactar los Estatutos de su Orden, íntimamente persuadido de que la vida del hombre es un combate, no economizaba sus fuerzas mas que las de los demás compañeros: el choque amenazaba por todas partes, y por consiguiente debia manifestarse tambien múltiple, segun su opinion, el plan de defensa. Al mismo tiempo que concebía en su mente los proyectos mas gigantescos, desarrollándolos con inflexible tenacidad, organizaba las leyes que debian regir á la Sociedad de Jesús; las preparaba con reflexion; las coordinaba con sagacidad, y preveía los obstáculos, enseñándole la experiencia á eliminarlos ó vencerlos. Desde las mas altas consideraciones descendía á los mas ínfimos detalles, resolviendo todas las dificultades, poniendo un freno á todas las pasiones, y pretendiendo en la extension misma de su Instituto, dar á la Iglesia un ascendiente, que en medio de la agitacion de este siglo, tan fecundo en turbulencias,

parecía aquella rehusarse á sí misma. Su situación era bastante deplorable: en cada ciudad, en cada villa, y aun en cada convento, se levantaba un enemigo armado para combatirla. La Iglesia solo contestaba lanzando anatemas contra sus adversarios; pero excomulgar, no era por cierto responder; y cuando los pueblos, fascinados por el atractivo de la novedad, aprenden á razonar sobre los motivos de su obediencia, ó á poner en duda la fe de sus padres, todos los anatemas eclesiásticos no valen tanto como una demostración.

Había Ignacio perfectamente conocido el punto esencial de la dificultad: asesinaban á la Iglesia, dismantelaban á Roma exagerando las faltas que se la suponía haber cometido, formando un punto de apoyo de los desórdenes que, á pesar suyo, se habían introducido en la administración de las diócesis y parroquias; calumniaban á la Santa Sede, al episcopado y á las sociedades religiosas; representábanlos bajo los más odiosos colores, y daban á la doctrina de los Apóstoles y de los santos Padres una interpretación siniestra. Hacíase por lo tanto urgente el oponer á todo este libertinaje del raciocinio las discusiones más luminosas. No retrocede Loyola ante la lucha que hacia tan incierta y aun tan peligrosa el inmenso número de adversarios; lanza á todos estos campos de batalla teológica, á los veteranos que ha formado para la lucha y para el martirio, corriendo estos hácia el enemigo sin que nada pudiese aterrar su valor. En medio de esta existencia agitada, que parecía hecha expresamente para ellos, habían estudiado mucho y aprendido mucho más. En los bancos de las universidades se habían ostentado llenos de erudición y de lógica, y acababan de restaurar en la soledad aquella fuerza que jamás debía rendirse á los más furiosos embates, ni á las más duras fatigas. Solo restaba abrir la liza para que se presentasen en ella unos hombres así preparados: abrióse efectivamente, y entraron en ella. Vamos á seguirlos á todos en el rápido movimiento que van á emprender á diferentes países.

La Inglaterra, ese reino á quien los Papas habían apellidado la isla de los Santos; se veía entregada al espantoso vértigo de su error. Enrique VIII, que había dado principio á su reinado improvisándose á sí mismo el teólogo destructor de los Protestantes para merecer el título de defensor de la fe, se dejó arrastrar por las ideas novadoras. No era por cierto la convicción la que en él

obraba: esposo legítimo de Catalina de Aragon, y tía del emperador Carlos V, se había enamorado perdidamente de Ana Bolena, una de sus camaristas, y en seguida quiso entablar con la Santa Sede un divorcio. El negocio era grave; el Papa le examinó, escuchando á ambas partes: iba ya á pronunciar como juez supremo, que el hombre no puede desunir lo que Dios ha unido sobre la tierra, cuando la cólera del Príncipe inglés terminó la cuestión. Separóse Enrique de la comunión romana, arrastrando con su ejemplo á sus cortesanos y á una gran parte de la nación, esperando todos participar de los bienes que confiscaba el Monarca. La apostasía fue para los ingleses, así que para los alemanes, más bien un cálculo que un acto de conciencia. Sustituíase el rey de Inglaterra propietario y señor de los monasterios que suprimía, atribuyéndose el derecho de despojar á los verdaderos poseedores para recompensar la complacencia política y la felonía religiosa. Según el doctor Luigard, ascendía la renta de los conventos á la suma de 34.301,480 francos.

Empero en Irlanda encontró Enrique un pueblo que no consintió en cambiar de fe con tanta frecuencia, como placía á su Soberano el cambiar de concubinas. Los irlandeses permanecieron fieles á su Dios; y aunque por el derecho de conquista habían perdido su nacionalidad ó independencia, pasando á ser vasallos del rey de Inglaterra, quisieron al menos conservar su fe, haciendo contra sus opresores una protesta que han inmortalizado trescientos años de martirios.

Con el carácter implacable que atribuye la historia al heredero de los Tudor, no podía quedar impune semejante resistencia. Enrique VIII se llenó de cólera, como sabían encolerizarse todos los déspotas que destrozaban el lazo de la unidad católica, por no tener en la Santa Sede censores ó jueces de su conducta. Organizó el sistema más terrible de persecución que pudieron inventar los Dioclecianos y Decios; sistema que en la Gran Bretaña han dejado perpetuarse todas las revoluciones y todos los cambios de dinastía; el cual subsiste todavía con las agravaciones que ha podido inventar la legalidad moderna.

La Irlanda palpítaba bajo la cuchilla del carnicero; contaba por millares los mártires, y se sentaba la ruina y la desolación á la puerta de sus chozas; de un lado se veían las proscripciones; del otro los secuestros, y por todas partes el degüello y las víctimas.

La capital del mundo cristiano, á donde se habia refugiado Roberto, arzobispo de Armagh, escuchó por fin el rumor de todas estas exacciones. Este Arzobispo, escocés de origen, y ciego de nacimiento, solo debia á su ciencia el honor de ocupar la primera silla de Irlanda.

Al escuchar la descripcion de tantas persecuciones suscitadas contra los irlandeses, por boca de su mismo pastor, Paulo III no pudo menos de conmoverse. Sabia que la cátedra de san Pedro habia recibido mas de una vez pruebas de adhesion y piedad por parte de este pueblo. Era preciso que enviase hombres tan dispuestos á arrostrar el aparato de los suplicios como la miseria y la muerte; hombres decididos, que por su ciencia y virtud pudiesen sostener á los irlandeses en su fe, y consolarlos en sus males.

A instancias del arzobispo de Armagh, fue llamado Ignacio por el Papa, que le pidió dos de sus compañeros. Coduro fue el designado; pero falleció en este intervalo, siendo elegidos en su defecto Pasquier-Brouet y Salmeron, quienes se encargaron de una mision tan peligrosa. Importaba tanto á la Iglesia, que Paulo III tuvo por conveniente el revestir á los dos miembros de la Compañía de Jesús de todas las prerogativas adherentes á los nuncios apostólicos.

Salmeron y Pasquier-Brouet aceptaron con júbilo los peligros de la comision; y aunque legados de la Santa Sede, no ambicionaban el brillo ni los honores que presta este título: salieron solos de Roma, sin provisiones, sin dinero, y á la manera que lo hacian los Apóstoles al ponerse en camino para conquistar al mundo.

Pareció tan extraño este desprendimiento en medio de tan alta dignidad política, que Roma no lo perdió de vista. Francisco Zapata, notario apostólico, pensó en consagrarse á la Compañía de Jesús; y hallándose persuadido que el mejor modo de comenzar dignamente su noviciado era acompañar á los dos Padres en esta mision, ofrece costear los gastos del viaje, reputándose feliz en participar de sus trabajos y de sus peligros. Pusiéronse los tres en camino el 10 de setiembre de 1541. Ignacio, no queriendo dejarlos marchar sin darles sus instrucciones, les trazó de su misma mano un plan de conducta, cuya habilidad y destreza podrian honrar al diplomático mas consumado.

«Os recomiendo, les dijo en este escrito, la sobriedad y circunspeccion en vuestras palabras con todo el mundo en general,

«pero sobre todo con vuestros iguales é inferiores; id siempre dispuestos á escuchar, prestando un oido atento, hasta que las personas con quienes habéis os hayan descubierto lo mas recóndito de sus sentimientos. Entonces podréis darles una respuesta clara y concisa, que complazca á todos los que os escuchen. Para conciliaros la benevolencia de los hombres con la esperanza de extender el reino de Dios, os haréis todo para todos, á ejemplo del Apóstol, con el fin de ganarlos para Jesucristo: nada es mas propio, en realidad, que la semejanza de gustos y costumbres para captarse el afecto y ganar los corazones; por lo que después de haber estudiado el carácter y costumbres de cada individuo, procuraráis conformaros con ellas tanto como os lo permita el deber; de manera, que si teneis que habéros las con un carácter vivo y ardiente, desecharéis toda lentitud enojosa; y haceros, por el contrario, lentos y mesurados, si el sugeto con quien habláis se os presenta grave y circunspecto en sus discursos.

«Para atraer á los hombres á la virtud y luchar con el enemigo de la salvacion, emplearéis las mismas armas de que se sirve para perderlos: tal es el consejo de san Basilio. Cuando el demonio acomete al hombre justo, no le descubre sus redes, antes por el contrario las oculta atacándole indirectamente, sin combatir sus piadosas inclinaciones, y aun fingiendo amalgamarse con ellas, hasta que al fin le sorprende en sus lazos; así conviene seguir una ruta semejante para apartar á los hombres del pecado. Empezad por alabar con prudencia lo bueno que en ellos viéseis, sin atacar desde luego sus vicios, para que cuando hayais ganado su confianza podais aplicar el remedio propio para sanarlos. Con respecto á las personas melancólicas ó turbadas, mostrad al hablarlas, en cuanto os sea posible, un semblante alegre y sereno, usando de la mayor dulzura en vuestras palabras, para conducir las mas fácilmente á un estado de tranquilidad, desarraigando un extremo con otro.

«No perdais de vista, en vuestros sermones y discursos particulares, en especial cuando trateis de reconciliar á los enemigos entre sí, que todas vuestras palabras pueden ser publicadas, y que lo que decís en la oscuridad, puede ser manifestado en público: anticipar el tiempo, mas bien que diferirle ó aplazarle, os podrá dar mejor resultado; haced hoy lo que prometéis para mañana.

«En cuanto al dinero, no deberéis tocar ni aun aquel que se halla fijado respecto á las dispensas que otorgueis: mandad que se distribuya á los pobres por manos extrañas, ó empleadle en buenas obras, para que podáis en caso necesario asegurar con juramento que durante el período de vuestra legacion no habeis recibido un maravedí. Cuando sea necesario hablar á los grandes señores, debe ser Pasquier-Brouet quien lo verifique. Escribid con frecuencia á Roma durante vuestro viaje, y al punto que hayais llegado á Escocia, ó cuando hayais penetrado en Irlanda; y por último, dad cuenta todos los meses de los asuntos de la legacion.»

Loyola se guarda bien de hablar en estas instrucciones de las que le habia dado el soberano Pontífice; nada tiene que ver con la política: Salmeron y Brouet son los delegados del Papa; han merecido su confianza; Ignacio se esfuerza á hacérsela merecer aun mas, pero no pasa de aquí. Sabe que los nuevos comisionados son de genios diametralmente opuestos; que Salmeron es impetuoso, y que Brouet posee una alma ingenua y persuasiva, y por lo mismo encarga á este último que se comuniquen con los poderosos. Todo lo ha combinado de manera, que no puede ofenderse la delicadeza del uno ni del otro, haciéndoles estar de acuerdo con respecto al interés de la Iglesia.

Acababa de estallar la guerra en las fronteras de Francia á tiempo que los dos nuncios se vieron precisados á atravesar este reino, pero á pesar de todo llegaron á Escocia. Jacobo V, sobrino de Enrique VIII, y padre de María Estuarda, reinaba á la sazón en ella. Poseía Enrique un inmenso ascendiente sobre el alma de Jacobo, y empleaba todos sus esfuerzos por atraerle á su partido, ó al menos por seducir á la Escocia. Paulo III habia escrito á Jacobo Estuardo, suplicándole permaneciese fiel á la antigua Religión, y anunciándole que los dos sacerdotes de la Compañía de Jesús estaban autorizados por la Santa Sede para desempeñar la legacion en Escocia é Irlanda. Avistáronse con el Rey, Salmeron y su compañero, y le exhortaron por el interés general de la Iglesia y por el de su corona á no desertar de la fe católica. Prometiéndoles Jacobo resistirse á las súplicas de Enrique VIII, y desde allí se encaminaron á Irlanda.

En Escocia solo necesitaban estudiar la situacion de los ánimos; pero en Irlanda necesitaban consolar y fortificar á los fie-

les: penetraron en ella al principio de la Cuaresma del año 1542.

Veíase por todas partes el espectáculo de la desolacion y del espanto; no daban un solo paso sin tropezar con las mas horribles calamidades, de que no se habían formado una idea hasta entonces. No se habia contentado el tirano con oprimir á la religion católica; sus caprichos sanguinarios habian sacrificado hasta el porvenir del país; el pueblo carecia de instruccion y de guias, porque esperaban conducirlo á la apostasia por el embrutecimiento, y porque agradaba á Enrique VIII y á sus esbirros el perseguirle ó asesinarle. La Inglaterra habia dado un paso para eximirse del yugo de Roma, y su libertad eran las cadenas para la Irlanda.

Esta tenia derecho de elegir á sus obispos y nombrar á sus pastores de inferior jerarquía, y este derecho les fue arrebatado como todos los otros. Todos los grandes señores, á excepcion de uno solo, ora por miedo ó por codicia, habian prestado el juramento solemne de obediencia al edicto de Enrique VIII. Juramento que no solamente obligaba con respecto á los edictos, sino tambien respecto á la voluntad del rey: la voluntad de Enrique era arbitraria, sin freno, sin contrapeso, y que se transformaba á cada paso, á medida de la cruel volubilidad de que están llenos todos los actos de este Príncipe.

Enrique lo habia previsto todo: segun sus cálculos, la Santa Sede no podria abandonar á su capricho aquellas poblaciones católicas: el Papa no podria menos de socorrerlas, ora por cartas ó por legados. Érale, pues, preciso aterrorizar á los que estuviesen en relaciones con Roma, é intimidar á sus comisionados. El déspota no retrocedió ante ningun medio por depravado que fuese; ordenó, bajo las penas mas severas, que se quemasen todas las cartas procedentes del centro del catolicismo, y que se entregasen al rey de Inglaterra ó al virey de Irlanda, á los delegados que se atreviesen á poner el pié en aquel suelo de desolacion.

El terror reinaba por todas partes, cuando Brouet y Salmeron entraron en el reino disfrazados y mendicantes; temian interrogarse por señas, y aun rehusaban el comprenderse. La hospitalidad era un crimen, la delacion un acto de patriotismo, y el silencio mismo una condena anticipada: habian sido precisos milagros de valor para llegar á un país cuyas fronteras estaban llenas de soldados; y para habitar en él se necesitaba cada hora del día y

de la noche exponer la existencia, puesto que se encontraban por todas partes espías, gentes armadas, fanáticos y verdugos.

Hallábanse los dos Jesuitas sin asilo en una tierra desconocida; pero no desfalleció por eso su valor. Huían de ellos como extranjeros, y los temblaban como sacerdotes: poco á poco supieron ganarse la confianza de los mas fieles, conversaron con ellos, noticiándoles la mision de que estaban encargados, y bien pronto tuvieron en derredor suyo un auditorio á quien hacia audaz el ejemplo de los dos legados.

Atento á lo imposible que se hacia una mansion prolongada bajo el mismo techo hospitalario, puesto que hubiera sido exponer á los que le recibian, Salmeron y su colega se veian obligados á cambiar todas las noches de sitio; empero aun en estas mismas excursiones tan repetidas hallaban un alivio en sus fatigas y un extraordinario valor para arrostrar de nuevo cualesquiera clase de peligros. Empezó á reanimarse el fervor, á fortalecerse la fe; y do quier que ponian el pié los celosos misioneros, parecia que el cielo derramaba su bendicion. Haciendo uso de los poderes que habian recibido de la Silla apostólica, respecto á su ministerio de paz y reconciliacion, confiesan, administran la Eucaristía, tranquilizan las conciencias, iluminan las dudas, animan á los vigorosos, y robustecen á los débiles.

Es cierto que se dirigian á unos pueblos cuyo patrimonio era presa de los ingleses; pero esos pueblos pobres y perseguidos no consentian sin embargo en privar á la Iglesia, su madre, de las rentas que necesitaba. Fieles los Jesuitas á las instrucciones de Loyola, rehusaban aceptar lo que les ofrecia la caridad de los irlandeses respecto á las dispensas y gracias que les otorgaban; y si alguna vez imponian una ligera gabelá, jamás era esta percibida por ellos. Habian empeñado á los Católicos á designar para este objeto sugetos dignos de su confianza, y aquellos eligieron á sus obispos proscritos y perseguidos como ellos: siendo consagradas estas gabelas á la restauracion de las iglesias, á proteger á las viudas, á dar pan á los huérfanos, y á preservar de todo contacto impuro el honor de las jóvenes.

El breve período de treinta y cuatro dias habia bastado á los dos nuncios para recorrer toda la isla. Seguros los irlandeses de que sus ayes encontraban un eco en la capital de los Césares, y de que en el trono pontifical hallaban un padre que compadecia

sus cuitas y aplaudia su perseverancia, bendiciéndolos desde tan léjos como los dos legados lo verificaban cerca, excedió su júbilo de los límites de la discrecion.

Al observar los sectarios del nuevo dogma que los irlandeses no humillaban su frente erguida á las órdenes de los tiranos subalternos, merced á la energía que se advertia en su carácter y miradas, comprenden sin tardanza que en aquella isla sucede algo de extraordinario. Colócanse en disposicion de frustrar los planes que sospechan; y como el odio y el fanatismo avivan la perspicacia, llegaron por fin á descubrir la presencia de los comisionados de Roma.

En el mismo instante ponen precio á su cabeza; promulgan un decreto de secuestro de bienes y pena capital contra toda familia ó individuo que albergue en su casa á los Jesuitas; pero ya estos habian llenado el objeto de su mision. Previendo el sumo Pontífice las persecuciones que indispensablemente acarrearía una mansion demasiado prolongada en Irlanda, tanto contra sus habitantes como contra los dos legados, habia ordenado á estos últimos por medio de un escrito, que regresasen á Italia en el momento mismo que advirtiesen que excitaba su presencia nuevas desgracias.

Decidense, por fin, los misioneros á obedecer, y se arrancan á las lágrimas de los desgraciados á quienes han sostenido, prometiéndoles su apoyo y proteccion. Un proyecto, que solo podia caber en la imaginacion de un discípulo de Loyola, habia despertado en sus corazones el deseo de realizar el mas noble sacrificio: los dos proscritos habian formado un complot; esperaban arribar á Londres, y encontrar un medio de presentarse á Enrique VIII.

Una vez que se hallasen en dicha capital, ensayarian á fuerza de caridad y elocuencia á desarmar la cólera del Monarca, y acaso lograrían atraerle predicando ante el tribunal de su conciencia la causa de la religion católica y de las costumbres; pero este proyecto era impracticable: y dado caso de que le hubiesen conseguido en parte, y que los dos nuncios hubiesen podido introducirse en la capital, solo habrian logrado que su sentencia de muerte y su ejecucion agregasen un nuevo crimen á la historia de Enrique. Este martirio, por consiguiente, era á sus ojos un sacrificio de pocos resultados; llamábales su atencion otro ob-